

7 Castro de Ulaca

Los vetones que se afincan hacia el siglo VII antes de Cristo en los alrededores de Gredos son altos y rubios celtas del gremio de la pastora, partidarios de la cremación, devotos de la Luna y muy peleones, tanto que, según Silo Itálico, «luchan entre sí cuando no hay enemigo exterior». Además sabemos por Estrabón de su salvaje *toilette* —«se lavan y limpian los dientes con orines envejecidos en cisternas»— y de su visión de la maternidad —«las mujeres traba-

jan la tierra y, cuando paren, sirven a sus maridos acostándoles a ellos en vez de acostarse ellas mismas en sus lechos»—, que no es más salvaje que la que tienen muchos hombres actuales. Rodeados por los arévacos, los vacceos, los lusitanos y los carpetanos, que son otros apaches de cuidado, los vetones anidan vigilantes en altos cerros fortificados. Ulaca, que en su parca lengua equivale a Corazón de la Tierra, es su capital, un castro señero desde el que se atalaya

DURACIÓN:

3 h (ida y vuelta).

DESNIVEL ACUMULADO:

300 m.

DIFICULTAD:

baja.

PUNTO DE PARTIDA:

Villaviciosa (Ávila), a 135 km de Madrid.

Se va por la AP-6 hasta Villacastín, por la

AP-51 hasta Ávila, por la N-110 y la

N-502 hasta Solosancho y por la

AV-P-410 hasta Villaviciosa.

la inmensidad del valle Amblés, con las espaldas guardadas por la sierra de la Paramera y, detrás de esta, por la aún más alta muralla de Gredos. Y allí resisten, peleados hasta con su sombra, hasta el siglo I antes de Cristo, cuando los romanos, que tienen una idea más

universal de Hispania que aquella salvajina de tribus, los invitan a mudarse al fondo del valle.

Dos mil y pico años después, junto al castillo de Villaviciosa, al pie mismo del cerro, nos recibe un hermano pequeño de los toros de Guisando, uno de esos verracos de granito a los que eran tan aficionados los vetones y que nadie sabe si eran cerdos, jabalíes o toretes, tótems, dioses, sím-



bolos sexuales o meros mojones.

Cerca del castillo y del verraco nace una pista de tierra por la que vamos a subir a pie bordeando suavemente la ladera occidental del cerro hasta que a los diez minutos, al llegar a la zona arqueológica de Ulaca, nos desviemos a la izquierda para franquear una portilla verde y tomar una senda marcada —con mojones de granito pintados de amarillo— que salva un repechón de trescientos metros de desnivel. A la media hora, o quizá algo más, alcanzaremos las murallas del castro, que estaban reforzadas en este sector —el noroeste, el más accesible— con barbacanas, formando tres líneas sucesivas de defensa.

Tras rebasar las murallas los mojones de granito desaparecen, pero se suceden los paneles que informan al visitante de los principales elementos del castro. El más llamativo de todos es el santuario o altar de sacrificios: una estancia rectangular labrada en la roca junto a un cancho en la que aparece tallada una doble escalera. Cerca de este, subiendo un poco hacia el sur, daremos con otro vestigio importante: una peña con una boca como de horno, que hay quien piensa que tal vez fuese una fragua de armas, a las que los vetones eran muy aficionados, aun-

que todo parece indicar —y así está señalizado— que era una sauna ritual, una terma para baños iniciáticos, que bastante falta les harían a aquellos. Mejor que lavarse con orines, cualquier cosa.

Más al sur veremos restos de algunas de las doscientas cincuenta casas que poblaban el castro, de las canteras y del llamado Torreón, un edificio de sillares ciclópeos que debió de tener un significado especial, quizá simbólico. Otras ruinas, mas estas telúricas, son las que descubriremos aquí y allá, barajadas con las anteriores: bolos graníticos en insólito equilibrio, peñascos rotos por la gelifracción en mil formas caprichosas, rocas agujereadas como quesos de Gruyère por la lenta química de los elementos... Los mismos agentes —

mirad allá abajo— el dilatado valle Amblés, por el que corre el Adaja en pos de la amurallada Ávila, visible en la lejanía, custodiado por la sierra de Ávila al norte y la de la Paramera al sur.

La vuelta, para no complicarnos, la haremos desandando el camino de ida.



8 Castillo de Aunqueospese

El castillo de Aunqueospese se alza, más solo que la una, sobre un contrafuerte de la sierra abulense de la Paramera, que en rigor es un desierto, sin un árbol a la vista, solo moles de granito y un silencio que pone la carne de gallina. Allí, a 1389 metros de altura y a caballo entre los municipios de Sotalvo y Mironcillo, que tampoco son gran compañía, descuella esta fortaleza que, según los libros de historia, fue erigida por un capitán del duque de Alba hacia 1490. Lo que no explican es la sinrazón de amurallar una inhóspita peña en tiempos de

paz, esplendor ciudadano y gótico flamígero. Mayor extrañeza no causaría hallar un nido de águilas en la Luna.

Mucho más creíble, por eso, es la leyenda que data su construcción en el siglo XIII. Cuenta esta los amores contrariados de don Álvar Dávila, caballero matamoros, y doña Guiomar, hija del gobernador de Ávila, el cual había prometido a su niña con Dios, y a don Álvar, que le haría picadillo si lo cogía rondando a tres leguas de su balcón. «Aunque os pese, la veré», fue la última palabra de don

DURACIÓN:

2,5 h (ruta circular).

DESNIVEL ACUMULADO:

200 m.

DIFICULTAD:

baja.

PUNTO DE PARTIDA:

Mironcillo (Ávila), a 130 km de Madrid.

Se va por la AP-6 hasta Villacastín, por la AP-51 hasta Ávila, por la N-110 y la N-502 hasta el desvío a Niharra y por la AV-P-406 hasta Mironcillo.

Álvar. Y la cumplió erigiendo este castillo roquero a dieciséis kilómetros de la ciudad, desde donde podía ver el balcón de doña Guiomar, el cual estaba —y sigue estando— junto a la puerta del Rastro, para más señas.

Para ver lo que veía don Álvar, buscaremos en Mironcillo la calle de El Cerrillo —la segunda por encima del ayuntamiento— y la seguiremos hasta el final del pueblo. Justo antes de la última construcción sale a la derecha la pista de tierra por la que subiremos en una hora al castillo, cuya silueta almenada veremos todo el tiempo recortarse dura y precisa como el acero contra las nieves del pico Zapatero (2155 m).



El castillo, abandonado a medio restaurar, consta de dos recintos amurallados —el exterior, con puerta en arco conopial, y el interior, con acceso vigilado por dos tremendos garitones— y está dominado por una torre que se levanta sobre lo más encrespado del peñascal cimero, casi como una excrecencia de la roca, atalayando hacia el norte todo el valle Amblés, desde las fuentes del Adaja hasta la capital abulense. Este era el lugar desde donde, según la leyenda, don Álvaro se comunicaba con su amada usando hogueras, estandartes y pendones; mensajes que ella contestaba agitando telas verdes, rojas, negras..., según su esperanza, su pasión o su pena.

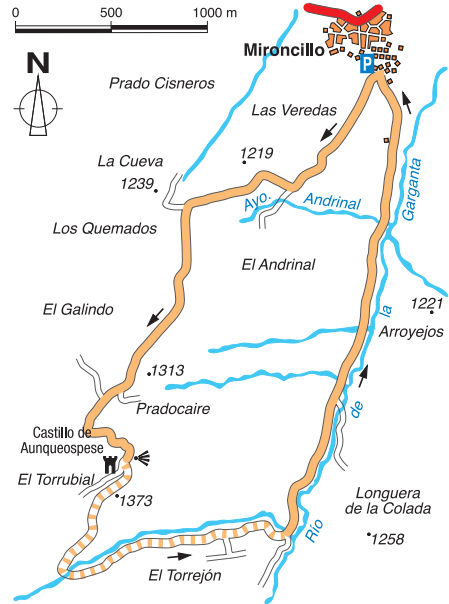
A espaldas del castillo, la cresta sobre la que se asienta ofrece un marcado declive y un collado que nos va a permitir cambiar de vertiente para, bordeando el

roquedal por la izquierda, continuar con rumbo sur —el que marca el pico Zapatero— hasta alcanzar la cabecera de un arroyuelo. Atraviesa el regato una cerca ganadera y, unos metros por debajo de esta, discurre una senda por la que descendemos en otra hora hasta el río de la Garganta. La ancha pista de tierra que baja por su margen izquierda es la prolongación de la calle de El Cerrillo, la misma por la que salimos de Mironcillo, pueblo al que volveremos tras media hora

más de paseo —dos y media en total—.

Antes de entrar en Mironcillo el río de la Garganta se viste con ropajes insólitos en estos pedregales: jugosos prados, verdes ribazos e incluso alamedas. Mas siendo muy hermoso, nuestra mirada no

dejará de volar hacia el castillo de Aunqueospese, visible desde todos los rincones del valle. Como voló el alma de doña Guiomar cuando murió de pena, encarnada en blanca paloma por arte del amor. Don Álvaro, perito en señales, comprendió aquella última que le llegó a su torre y, tomándola con ternura en sus manos, le puso al cuello lazo de raso. Esa misma madrugada partió para la guerra y en ella murió peleando como bueno. Así acaba leyenda y camino.



9 Castañar de El Tiemblo

En la ladera del Etna, al norte de Catania (Sicilia), no ha mucho que aún vivía el castaño de los Cien Caballos, del cual se cuenta que cobijó bajo su copa a la reina Juana de Aragón con otros tantos jinetes que la acompañaban —en el siglo XVIII la mata tenía quince metros de diámetro y a finales del XIX, cuando apenas quedaban restos del árbol padre, la cepa frisaba los cincuenta y tres de circunferencia—; en Poqueira (Granada), durante la guerra de las Alpujarras, un morisco tejedor habitaba en el tronco hueco

de un castaño, con su prole, su telar y todo el ajuar; en Béjar (Salamanca) hacía lo propio un tornero, que además ampliaba casa y negocio fabricando vasos con su madera; en Hervás (Cáceres) otro castaño aprovechaba para encerrar un toro... Pues bien, siendo todos ellos enormes, ninguno hubiera hecho menos al Abuelo de El Tiemblo, que, con sus dieciséis metros de perímetro, sigue retoñando como hace cientos de primaveras y asombrando —en las varias acepciones del verbo— a cuantos se acercan a él.

DURACIÓN:

2 h (ruta circular).

DESNIVEL ACUMULADO:

114 m.

DIFICULTAD:

baja.

PUNTO DE PARTIDA:

área recreativa de El Regajo, en El Tiemblo (Ávila), a 91 km de Madrid. Se va por la M-501 hasta San Martín de Valdeiglesias, por la N-403 hasta El Tiemblo y por la pista forestal de ocho kilómetros que asciende hasta el castañar.

El Abuelo de la savia lenta, el viejo de la savia sabia, reina en el bosque que puebla la cabecera de la garganta de la Yedra, cauce de la garganta de la Yedra, cauce de un amenísimo arroyo —tributario del Alberche— que nace en el extremo oriental de la sierra de Gredos, casi en la raya entre El

Tiemblo y Rozas del Puerto Real, municipios linderos de Ávila y Madrid en los que el *Castanea sativa*, especie típica del norte y del occidente peninsulares, tiene una de sus habitaciones más céntricas y peregrinas. Y en verdad que es un gozo poder pasearse, a tan solo una hora de la resaca capital, por este reino encantado en el que las hojas aserradas



rasgan la brisa mañanera con un runrún de magostos y castañadas, con un eco de lluvias oceánicas, de silencios, penumbras y soledades de un septentrión ¡tan lejano!

Entrando en El Tiemblo en coche procedentes de Madrid, por el paseo de Recoletos, nos desviaremos a la izquierda al llegar a una rotonda adornada con unos modernos Toros de Guisando y enseguida veremos la casilla de control del castaña, donde los fines de semana entre octubre y diciembre han de abonar una tasa cada vehículo y cada visitante. Aún deberemos seguir un buen rato en coche subiendo por una pista forestal asfaltada que se adentra en la garganta de la Yedra, a través de un fragante bosque de pino resinero. A los cuatro kilómetros el asfalto se convierte en tierra cerca del lugar donde se alza el monumento a Félix Rodríguez de la Fuente, naturalista que anduvo por estos parajes rodando uno de sus documentales sobre el buitre negro —la más grande rapaz de Eurasia, con casi tres metros de envergadura y catorce kilos de peso, de la que aquí anida una importante colonia—; por tierra deberemos continuar hasta el kilómetro 8, donde hallaremos el área recreativa de El Regajo y comenzaremos nuestra andadura siguiendo el sendero de

pequeño recorrido PRC-AV 54 (Senda de El Castaña), perfectamente señalizado.

Subiendo por el sombrío castaña, en quince minutos nos plantaremos junto a la fuente de los Cazueleros y en otros cinco, junto al refugio de Majalavilla; medio centenar de metros a su espalda se erige el Abuelo, con su desmesurado tronco abierto a la curiosidad del caminante, como la boca de uno de esos gigantes de cuento que se tragan sin querer algún niño mientras duermen la siesta. La senda marcada nos conducirá luego en suave ascenso al curso alto de la garganta de la Yedra, cuyas aguas veremos brincar entre prados rozagantes, alisedas y avellanares. Al cumplirse una hora de marcha, nos despediremos del arroyo y doblaremos a la izquierda, como mandan las señales, para regresar al punto de partida atravesando el paraje del Resecadal, que a pesar de su nombre también asombran y

refrescan castaños colosales, de Abuelo y muy señor mío.

